

Romanos, para escarnio de los discípulos de Cristo, pintaban un asno clavado al santo Madero. No ha llegado á tanto la impiedad entre nosotros; pero sí la superstición y la impostura han empañado más de una vez un culto tan puro.

Lejos de nosotros el seguir tan perniciosos ejemplos. Esta cruz de piedra dura y colosales dimensiones, que colocada en la cima de este monte domina todo el valle circunvecino, proclamará á los cuatro vientos que Cristo reina sobre nosotros, y que somos fervientes discípulos de Nuestro Redentor y humildes adoradores del leño sagrado en que murió por nosotros. Ella dirá á los viajeros que lleguen del Norte por la vía férrea que se extiende á sus plantas, que así como hemos llevado á cuestas, hasta la cumbre de este peñasco, la Cruz material, así llevaremos sobre nuestros hombros la cruz simbólica de dolor y de penas que la Providencia nos depare. Ella pregonará con sus brazos abiertos el amor inmenso que tuvo Dios al mundo, hasta el grado de darnos á su Hijo Unigénito para que muriera sobre el que era entonces el patíbulo más infamante.

¡Fieles habitantes de estas campiñas! Custodiad el monumento que hoy erige nada menos que el representante del Papa Pío X. Que al empezar el Siglo XXI, vuestros hijos y vuestros nietos lo encuentren intacto. Que no lo hiera el rayo ni lo derriben los vendavales; pero sobre todo, que la Cruz esté siempre grabada en vuestros corazones, en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

SERMÓN

PRONUNCIADO EN EL SANTUARIO DE SAN JUAN DE LOS LAGOS
EL DÍA 15 DE AGOSTO DE 1904,
CON MOTIVO DE LA CORONACIÓN DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA
DE SAN JUAN.



Præcepit ut introducerent reginam coram rege, posito super caput ejus diademate, ut ostenderet cunctis populis et principibus pulchritudinem illius, erat enim pulchra valde.

Mandó que introdujeran á su real presencia á la reina, con la corona puesta sobre la cabeza, para hacer versu hermosura á todos los pueblos y á los principes, porque era muy hermosa.

ESTHER, I, 11.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES: *

NO nos quejemos de haber nacido en el siglo XIX. Grandes fueron los cataclismos que nos trajo esa época infausta; terribles los desastres que presenciamos; lamentables los reveses que afligieron á la Cristiandad. Pero los triunfos de la Iglesia superaron con mucho sus derrotas; y los consuelos que del cielo y de la tierra le llegaron tan oportunos, enjugaron sus lágrimas, y pudo, con rostro risueño, saludar los albores del siglo presente.

Entre los consuelos mayores que alegraron á la

* Los Ilmos. Sres. Arzobispos de Guadalajara y Morelia, y Obispos de Aguascalientes, Zacatecas, Tepic, León y Colima.

Iglesia, y por consiguiente, á sus fieles hijos, ocupa quizás el primer lugar la glorificación de la Madre de Dios, verificada esta vez, no en un lugar solo, ni en una región, ni en un reino, sino en todos los ámbitos del mundo, empezando con el centro de la Cristiandad y esparciendo sus rayos luminosos hasta los pueblos más apartados.

Grande, por cierto, fué la gloria que trajo á María la declaración del Concilio de Efeso, cuando el impío Nestorio le quiso arrebatarse la corona de Madre de Dios. Aún resuenan en nuestros oídos los aplausos de los fieles al escuchar la solemne definición. Pero cuánto tardaron los ecos de aquel oráculo y de aquellos aplausos, para llegar desde la remota ciudad oriental hasta Roma misma, y las Galias y la España y la lejana Bretaña. Cuán pocos fueron los oídos cristianos que los percibieron y entendieron. Grande como fué el regocijo de los escasos fieles de aquella época, se perdió en la inmensa extensión del mundo apenas poblado y convertido, y se necesitó que las subsiguientes generaciones fuesen repitiendo el *credo, credo* de los Efesinos, para que se tributara á María todo el honor debido á su divina Maternidad.

No así al declararse dogma de fe su Inmaculada Concepción, á mediados del siglo que acaba de expirar. La electricidad llevó en un momento la fausta nueva á los incontables fieles del antiguo Continente; y aunque aquella no había aprendido todavía á atravesar los mares, no tardó el vapor en esparcirla por la

inmensa extensión del Nuevo Mundo, siendo universal el *Hosanna* que hizo estremecer hasta el Infierno.

Como casi siempre ha acaecido, el Señor quiso confirmar el oráculo de su augusto Vicario con un milagro patente. Al poco tiempo, la misma Virgen sin mancha bajó del cielo á las faldas de los Pirineos, y dijo al mundo estupefacto: «*Yo soy la Inmaculada Concepción.*» Bajó del cielo, no en un rincón apartado, como otras veces, ni en un país poco civilizado, ni en medio de una generación creyente, á quien pudiera hacerse aceptar, como hecho indiscutible, toda leyenda piadosa. No, la visión de Lourdes suscitó desde luego dudas y controversias en la culta Francia; se hicieron investigaciones, se instruyeron procesos, y triunfó la Virgen Inmaculada. Los milagros no interrumpidos que se han verificado en la maravillosa gruta, ante los mismos incrédulos, pusieron el portento fuera de toda duda; y la Iglesia, sin imponerlo como dogma, cosa que ni acostumbra, ni puede, tratándose de revelaciones ó visiones privadas, manifestó su solemne aprobación, permitiendo que al consagrarse la Basílica construida sobre la gruta sagrada, se coronase la imagen en aquellas alturas erigida.

Yo tuve la dicha de asistir en medio de otros 32 Obispos y cien mil fieles, á la espléndida coronación. Grandiosa como fué, no constituyó más que el preludio de otras fiestas semejantes, que se sucedieron unas á otras hasta el fin del siglo, y se empiezan á repetir en el actual. En todas las regiones de Europa se co-

ronaron imágenes de la Reina del Cielo, no sólo en las grandes ciudades y en las Basílicas de primer orden, sino en pequeñas aldeas y poco conocidos santuarios. La creciente piedad y la facilidad de comunicaciones, hicieron que tales gracias se extendieran á diversas Repúblicas de la América del Sur. De las que han tenido lugar en nuestro Méjico, nada tengo que recordaros.

Cúpome también la suerte de asistir á la primera, y de pregonar, hasta donde mis fuerzas me alcanzaron, las glorias de la Madre de Dios. En el santuario de la pintoresca Jacona, se ciñó con áurea diadema la pequeña imagen de Nuestra Señora de la Raíz, que desde entonces se bautizó con el título de Virgen de la Esperanza. ¿Fue feliz este cambio de nombre? A otros toca la suprema resolución; pero aunque el segundo es dulce y sonoro, el primero simboliza esas devotas tradiciones locales que dan un sabor inefable de piedad al culto de la Virgen de Nazaret. Siguió la grandiosa de Guadalupe, que debiera haberla precedido; vinieron las de la Salud y de la Madre Santísima de la Luz; y ahora las trompetas argentinas de los Levitas de la Nueva Ley, nos han convocado á tributar idénticos honores á la efigie, que desde nuestra infancia nos acostumbramos á venerar bajo la advocacion de Nuestra Señora de San Juan.

¡Cuánto os agradezco, señor Arzobispo de Guadalupe, que os hayáis acordado de este olvidado veterano, para cantar las glorias de nuestra augusta Pa-

trona en esta solemnísima ocasión! Su voz está muy lejos de parecerse á la de aquel Obispo Pictaviense, émulo del grande Hilario, que resonó en Lourdes al coronarse hace 28 años la divina imagen. No igualará siquiera á la que los ecos de las montañas de Jacona, iluminadas por los últimos rayos del sol moribundo, repitieron el inolvidable 18 de Febrero de 1886. Pero sí puedo aseguraros que los bríos son los mismos de entonces, que el corazón no ha envejecido, y que late más fuerte que nunca, de amor hacia la que es Madre de Dios y Madre de los hombres.

Al ver ese arranque de devoción con que desde hace cincuenta años manda el Vaticano á sus ministros al Oriente y el Occidente, al Septentrión y el Mediodía, portando regias coronas para que la Reina de los Cielos aparezca en la tierra ataviada conforme á su excelsa dignidad, estoy seguro que habéis recordado el mandato que el Rey Asuero dió á los dignatarios de su corte, para que hicieran comparecer en su presencia á su soberana consorte, engalanada con la imperial diadema. Otro tanto ha hecho Jesucristo, Rey supremo de cielos y tierra, en las ocasiones á que he aludido, y en especial en la que hoy nos congrega. Tanto se parecen las órdenes de uno y otro Soberano, su objeto y sus causas, que las palabras del libro de Esther en que se refieren, me servirán de tema y de guía en el presente discurso. Os hablaré, ante todo, de la corona colocada hace ya diez y nueve siglos en el Empíreo, sobre la cabeza de la Madre de Dios, y que hoy

se manda poner en efigie bajo su venerada imagen *posito super caput ejus diademate*. Se trata de honrarla, ostentando su belleza ante todos los pueblos y los magnates: *ut ostenderet cunctis populis et principibus pulchritudinem illius*: este será el segundo punto de mi discurso. Era, en verdad, hermosa sobre manera, dice la Escritura, de la esposa de Asuero, y yo procuraré, por último, delinearos algunos rasgos de la hermosura de la Madre de Dios.

Ella, estoy seguro, me ayudará en la difícil empresa, ablandada por vuestros ruegos.

AVE MARÍA.

I

Es imposible dejar de respirar la atmósfera que nos rodea. Queramos ó no queramos, algo se nos adhiere del espíritu del siglo en que vivimos; y aunque la fijeza de nuestros principios y la solidez de nuestra educación nos preserven del contagio de las ideas, no es fácil evitar las frases, locuciones y modismos del lenguaje de que se sirven en derredor nuestro los que están fuera de la Iglesia. Tal acaeció á no pocos, aun de los Santos Padres, y de aquí nació el que los herejes de los siglos posteriores hayan pretendido vindicarlos por suyos. No hay que extrañar, por tanto, que en esta época de plebiscitos y sufragio popular, de republicanismo y democracia, se hayan obscurecido algún tanto las ideas sobre la dignidad real, el origen del poder, la significación de una corona. Nada extraño tampoco el que á algunos de los habitantes de un país como el nuestro, la coronación de la imagen Guadalupana, por ejemplo, haya parecido una especie de elección presidencial, en que por voto popular se proclamó Reina de Méjico á la Madre de Dios. Fácil sería que al coronar en otras provincias, y en especial en este santuario, otras efigies

de la Virgen Santísima, se formaran algunos una idea errónea de la augusta ceremonia. Deber, por tanto, del orador cristiano, es fijar el sentido que la Iglesia da á la imposición de la corona bendita sobre las sienes del retrato de la ya coronada Emperatriz de los Cielos. Para dilucidar esta sencilla cuestión, no recurriré á antiguos Padres y Doctores, sino al libro de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola.

Al empezar la segunda de sus cuatro partes, nos propone la parábola de un Rey temporal, que llama á todos los caballeros de su reino á militar bajo su bandera. Para hacernos ver que el seguirlo ó no seguirlo, no está á nuestro arbitrio, aunque sí el distinguirnos en la pelea, tiene cuidado de decirnos desde el principio que es soberano por derecho divino, y luego añade los demás títulos que lo condecoran.

Al aplicar la parábola á Jesucristo Nuestro Señor, nos lo presenta, ante todo, como Rey eterno, Rey por naturaleza, siendo Dios lo mismo que el Padre y el Espíritu Santo. En seguida nos lo ofrece como Rey por nacimiento, siendo Hijo Unigénito del Padre; Rey por sus propios merecimientos y excelsas cualidades; cuya santa humanidad fué formada por las manos del Espíritu Paráclito, y en la cual *habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad*; Rey por elección, nombrado por Dios Padre, quien le dió como herencia todas las naciones; Rey por *potencia*, que posee amplísima, y que mostrará en todo su esplendor, cuando en el día del juicio final aparezca sobre las nubes del cielo;

Rey por derecho de conquista, habiéndonos redimido con su sangre preciosa; Rey universal, Rey de los reyes y Señor de los señores, á cuyo nombre se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; á quien adorarán todos los soberanos del mundo y prestarán obediencia las naciones más poderosas.

¿Podemos substraernos á la obediencia de Rey semejante? ¿Podemos dejar de acudir á su llamamiento? ¿Necesita, por ventura, de nuestra elección ó de que le forjemos una nueva corona?

Ahora bien: toda esta potencia, toda esta soberanía, toda esta dignidad, fué comunicada á la Virgen Santísima por la Trinidad Sacrosanta, cuando hoy hace 1,850 años fué coronada en el Empíreo el día de su gloriosa Asunción.

Sublimes son las descripciones que los escritores místicos hacen de esa coronación. A semejanza de aquella Reina de que nos habla el Salmista, que se colocó de pie á la mano derecha del Soberano, cubierta con rica túnica de tela de oro, y adornada con variadas y riquísimas joyas, *adstitit Regina a dextris tuis in vestitu deaurato circumdata varietate*, fué sublimada sobre los nueve coros de los ángeles y colocada en un trono, á la diestra de su Hijo Divino. Allí la coronó el Eterno Padre con corona de potestad, dándole poderío inferior sólo al de Cristo sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno. El Hijo de Dios le ciñó la corona de la sabiduría, dándole conocimiento no sólo de la divina Esencia, sino de todas las cosas creadas,